

Autora: Florencia Paula Vallone

florenciavallone94@gmail.com

El engorre de los pibes. Un análisis sobre la reproducción de roles policiales por parte de jóvenes del Conurbano bonaerense

Introducción

Algunos/as jóvenes de las periferias urbanas transitan su cotidiano entre las calles o esquinas de sus barrios y las escuelas a las que concurren los días de la semana. Entre estos ámbitos que a primera vista pueden parecer opuestos, existen vínculos que se materializan en diversas prácticas, o, mejor dicho, prácticas que relacionan a la escuela con la calle, borrándose por momentos dicotomías que estructuran imaginarios sociales que entienden a las instituciones educativas como lugares totalmente diferentes al exterior. De este modo, lo que proponemos en esta ponencia es pensar si las relaciones con las que algunos pibes se miden a diario por parte de las Fuerzas de Seguridad son reproducidas por los primeros al interior del espacio escolar, haciendo de este último un lugar no del todo opuesto al afuera.

En este trabajo, nos centramos en observar dicha relación únicamente poniendo el eje en los vínculos que van conformando los jóvenes hostigados usualmente por las Fuerzas con sus compañeros/as de clase. Así, lo que buscamos es reflexionar sobre los nexos existentes entre la calle y la escuela para analizar los roles que se van poniendo en juego en diferentes situaciones que componen el cotidiano de ciertos jóvenes de Quilmes.

No es menor aquí aclarar algunas cuestiones metodológicas. En principio, el trabajo de campo, necesario para llevar adelante esta investigación, fue hecho a lo largo de ocho talleres que desde el Laboratorio de Estudios Sociales y Culturales sobre violencias urbanas (LESyC) de la Universidad Nacional de Quilmes (UNQ) brindamos en escuelas secundarias estatales del partido nombrado -más específicamente en Ezpeleta, San Francisco Solano, Bernal, Don Bosco y Quilmes Centro- en el período 2017-2018. Los mismos se enmarcaron en el Proyecto de Extensión Universitaria llamado “Construcción de ciudadanía en los jóvenes: los derechos de los jóvenes contra las rutinas policiales abusivas y discriminatorias”.

Quienes hemos formado parte de los talleres, aunque pertenecemos al mismo espacio, provenimos de distintas carreras: Licenciaturas en Comunicación Social y en Ciencias Sociales de la UNQ, pero también Licenciaturas y Profesorados en Sociología de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Este no es un detalle, ya que nuestros diversos recorridos probablemente impliquen perspectivas diferentes a la hora de tomar nota en las escuelas. Por otro lado, solíamos ser cuatro los/as que asistimos a los encuentros, siendo dos quienes los coordinamos y el resto tomó anotaciones - generales y particulares-, aunque los roles iban cambiando según los temas abordados.

Así, las técnicas utilizadas que dieron lugar a la producción de este trabajo fueron, por un lado, la observación participante en dichos talleres y, por el otro, el desarrollo de entrevistas semi-estructuradas de las que participamos dos talleristas y no más de tres jóvenes, ya que buscamos que no se interrumpieran demasiado entre sí para poder establecer hilos comunicacionales. Sumado a esto, en varias ocasiones entrevistamos a las jóvenes por separado de los chicos, ya que notamos que ante su presencia ellas descartaban hablar sobre determinados temas, en general, aquellos que tienen relación con la violencia de género.

De esta manera, el material que utilizamos para la investigación procede de anotaciones en los talleres -tanto propias, como de compañeros/as del Laboratorio-, desgrabaciones de las entrevistas, y por último, de diálogos entre los/as jóvenes y conmigo por fuera del horario de los encuentros, es decir, en recreos o almuerzos escolares.

Ya detallada la metodología daremos lugar al abordaje interpretativo del tema propuesto en este trabajo.

La calle y el hostigamiento institucional

Paz Cabral (2018) expresa que una de las dimensiones centrales de la experiencia y cotidianeidad de los jóvenes es el barrio. Algunos de ellos van ocupando determinados espacios -como las esquinas, plazas, veredas- y construyendo improntas que les permiten conformar sus identidades. Ahora bien, pasar tiempo en esos espacios además implica tener que enfrentarse con distintas Fuerzas de Seguridad que transitan las calles. En esos encuentros los jóvenes también van moldeando sus personalidades, ya que por momentos tienen que lidiar con prácticas violentas y discriminatorias que las mismas llevan adelante. Así, diversos autores/as han estado observando y analizando el accionar de las Fuerzas para

con los/as pibes/as en el espacio público. Cabe decir aquí que desde el LESyC comprendemos y venimos proponiendo entender a la violencia por parte de aquellas no únicamente en relación al gatillo fácil, sino que también la asociamos con el hostigamiento ocasionado a diario hacia determinados/as jóvenes. Algunas de dichas prácticas consisten en “parar” y cachear de modo humillante a los/as mismos/as, a veces golpeándolos en los tobillos o haciéndolos poner las manos en los capots de los patrulleros aun estando calientes, pero también, otras veces, obligándolos/as a prenderles cigarrillos -de tabaco o marihuana- que les sacaron para fumarlos adelante suyo o a comerse “tucas” -colillas de los mismos- que les encontraron en los bolsillos.

A partir de los talleres nombrados observamos dichas cuestiones, dando cuenta aquí de algunos testimonios.

“A mí me pararon a una cuadra de mi casa, en el barrio Covendiar en Ezpeleta. Fui a comprar, me pusieron en el capó y me revisaron. Me paralizaron en el piso” (Martín, 07/2017, Ezpeleta)

“Veníamos del Polideportivo de Quilmes y ahí me pararon. La gendarmería era. Me pidieron documento, me revisaron y nos patearon todo”. (Ezequiel, 07/2017, Ezpeleta)

Desde lo que cuentan estos dos jóvenes diríamos que al hacer actividades que son frecuentes en sus vidas ellos fueron detenidos por efectivos de Fuerzas de Seguridad. Es decir, los “pararon” cerca de sus barrios, en lugares que transitan habitualmente. Lo mismo sucede en los próximos dos testimonios, pero aquí él y ella comentan que lo que desencadena el hostigamiento y la violencia son determinados objetos que puedan encontrar entre sus pertenencias.

“Me paró la Prefectura. Me pidieron el documento y que me vacié los bolsillos. Cuando me vieron los cigarrillos, me cagaron a pedos por fumar y me los rompieron” (Camila, 07/2017, Ezpeleta)

“Si te encuentran algo, te pueden pegar” (Micaela, 07/2017, Ezpeleta)

“Mi amigo una vez tenía un porro y se lo hicieron comer. No podés hacer nada, porque te llevan. Le dieron un bife, le pegaron con la itaca en las piernas.” (Lucas, 09/2017, Solano)

En adición, en estos tres relatos siguientes es posible analizar que los/as pibes/as reconocen que detenerlos/as a ellos/as forma parte de un proceso de construcción de identidad, en este caso, policial. Es decir, mediante la burla y el “descanso” se produce un doble mensaje: las policías marcan, de cierto modo, una identificación que los separa de los/as pibes/as que detienen y, a la vez, los une a sus compañeros institucionales.

“Te descansan porque sos guachín, se te hacen los cancheros” (Mariano, 07/2017, Ezpeleta)

“Cuando te paran entre ellos se cagan de risa y dicen ‘mirá, éste es un gatito nuevo’. Se burlan. Vos tenés que decir ‘sí, oficial’”. (Facundo, 07/2017, Ezpeleta)

“Salimos un sábado y nos paró la policía. Eran tres vestidos de camisa y zapatos. La bonaerense. Nos estaban boludeando, se reían de nosotros. Nos pusieron contra una persiana y a un amigo le pegaron una patada en las piernas.” (Leonel, 09/2017, Solano)

“Siempre te descansan. Se dicen entre ellos ‘¿lo llevamos o no lo llevamos?’” (Manuel, 07/2017, Ezpeleta)

Así, observando estos testimonios, interpretamos que, en ocasiones, en los barrios las Fuerzas de Seguridad asignan a ciertos pibes roles que implicarían subordinación. Sin embargo, algunos de estos últimos no son meros agentes pasivos en tales situaciones, sino que a veces suelen desarrollar resistencias al momento de ser violentados a partir de medir sus capacidades de actuación según con qué Fuerza se *choquen*. No obstante, aquí no nos centramos en las reacciones inmediatas de estos mismos, sino que proponemos analizar qué acciones algunos de los jóvenes van aprehendiendo en aquellas situaciones en las que confrontan con la Policía, Gendarmería o Prefectura para luego practicar en distintos espacios por los que transitan, como pueden ser las aulas.

La circulación de la violencia: de la calle a la escuela

A lo largo de los encuentros en las escuelas percibimos que algunos de aquellos jóvenes a los cuales las Fuerzas de Seguridad suelen detener, pedir documento y verduguear se corren de un lugar de sumisión o acatamiento para ser ellos quienes se “engorran” frente a, en este caso, determinados compañeros/as de las escuelas a las que asisten.

A medida que desarrollamos los talleres previamente nombrados, observamos que dicho “engorre” consiste en hacerles bajar la mirada cuando pretenden hablar, callarlos/as, golpear sus mesas, patear sus sillas, gritarles para que acaten órdenes y hacerles saber quiénes son los que *mandan* en el aula. La forma de por sí en que estos pibes se paran -cruzando sus brazos, con la frente en alto, inflando el pecho- ante aquellos/as a quienes buscan someter a la obediencia demuestra similitudes con la descripción que los primeros hacen del accionar que las Fuerzas de Seguridad tienen para con ellos. Sucede que, en ocasiones, esta actitud por parte de algunos/as pibes/as fue calificada por sus mismos/as compañeros/as de la escuela como “de gendarme”, pero otras veces generaba “miedo” y/o “respeto”.

Muchas variables podrían ponerse en juego para analizar tales situaciones. Pero lo que en principio debemos resaltar es que esos jóvenes a los que las Fuerzas “paran”, detienen y verduguean con más frecuencia, suelen callar a sus compañeros/as cuando pretenden hablar sobre el accionar de las mismas. El pretexto que construyen para hacerlo es asegurar que esos *otros/as* “no tienen calle”, que “no pueden saber nada de lo que les hace la policía a ellos” dado que “no salen de sus casas”. De este modo, adoptan una práctica similar a aquella que comentaron en testimonios anteriores que llevan adelante las Fuerzas de Seguridad. Mediante el “descanso” hacia sus compañeros/as se autoconforman como quienes “tienen calle”, quienes más experiencia adquirieron dados los enfrentamientos con los efectivos, quienes “se la aguantan”, a la vez que se diferencian de quienes hostigan en el aula. La “burla” les permite construir grupalidad y superioridad.

Mientras que, frente a las Fuerzas de Seguridad, dichos pibes suelen ser subordinados, en sus escuelas reviertan esta situación de sumisión para ser ellos quienes cumplen un rol *policial*, quienes se “ponen la gorra”.

Desde el “Colectivo Juguetes Perdidos” (2016) se expresa que “ponerse la gorra” es hacer un cálculo de las fuerzas que se juegan en determinadas situaciones y actuar tratando de imponer una fuerza que ordene los elementos de lo sucedido, siendo una situación cambiante:

“Ya no hay nadie de por sí dueño de la gorra, nadie tiene a su sola disposición el poder de marcar el orden de la calle, aunque todos quieran, ante el quilombo, crear asimetría y mandar (por más que en el fondo se sepa que ese mando es situacional, volátil...)” (2016)

Sumado a esto, el Colectivo manifiesta que una constante es el miedo. Así, una de las cuestiones que los jóvenes de los que venimos hablando expresaron fue que a ellos les gusta “mandar”, “generar respeto”.

Así, los tratos violentos en términos físicos y morales que implican algunas rutinas policiales cambian su contenido al ser reproducidos por actores diferentes que no cuentan con legitimidad institucional, pero mantienen muchas de sus formas al ser parte del rol que implica “ponerse la gorra”.

Una de las posibles respuestas al preguntarnos por qué aquellos que son hostigados usualmente por las Fuerzas de Seguridad trasladan acciones agresivas al interior de las aulas hacia ciertos/as compañeros/as, podría ser que los mismos se “ponen la gorra” porque de ese modo enfrentan experiencias previas de humillación, tales como situaciones de detenciones y hostigamiento por parte de policías, gendarmes o prefectos.

Aquí podríamos retomar, nuevamente, a “Juguetes Perdidos” (2016), quienes citan a pibes que dicen: “los gendarmes nos verduguean a nosotros, que somos los más giles, porque antes los verduguearon a ellos”. Lo que exponen los autores es que los chicos expresan que los efectivos realizan con ellos los mandatos sociales que “ya tienen adentro”; es el verdugueo de los verdugueados, agregan. Así, dicha *fórmula* es trasladada a la escuela cuando quienes son violentados por las Fuerzas de Seguridad en las calles confrontan con determinados/as compañeros/as. Entonces, al hacerlo, enaltecen su imagen y construyen reconocimiento social entre pares.

Ahora bien, Paul Willis (2017), en “Aprendiendo a trabajar. Cómo los chicos de la clase obrera consiguen trabajos de clase obrera”, observa que dentro de grupos de jóvenes al interior de escuelas aparece la diferenciación entre los “pringaos” y los “colegas”. Estos últimos forman parte de quienes manifiestan oposición a la cultura escolar, diferenciándose de los primeros, aquellos jóvenes “conformistas” que no desafían a las autoridades y creen en todo lo que la institución representa.

El autor dice que la palabra “pringaos” ya de por sí reúne la doble connotación de desprecio y de sumisión. Agrega que los “colegas” se sienten superiores a los *otros* alegando su capacidad de divertirse, emocionarse y ser independientes. Les parece que los “pringaos” siempre están escuchando pasivamente, nunca “haciendo”, no se ven animados por sus vidas propias.

Así, tal como planteamos anteriormente, esos pibes que son hostigados por las Fuerzas de Seguridad y, a su vez, verduguean a compañeros/as de curso, también resaltan constantemente tener experiencias que el resto no tiene, siendo ello lo que les da supremacía y autoridad para “mandar” en el aula.

En adición y agregando otra variable de análisis, Willis (2017) expone que los “colegas” se constituyen a partir de concebir como válido al trabajo manual, desprestigiando al mental. Para ellos, la institución educativa no sirve ya que consideran no se les proporciona herramientas en pos de esos trabajos que buscan tener cuando terminen sus estudios. Desestiman la valoración de los títulos y relacionan al trabajo manual con la *hombria*, en contraposición al mental, al que vinculan con *lo femenino*.

Así, nuestros entrevistados también han expresado que esos compañeros que catalogan como sumisos “nunca se llevan materias” -es decir, no deben rendir luego del fin de los ciclos lectivos-, “siempre sacan diez en los exámenes”, “se portan bien” y “no cuestionan a ningún directivo”. Es decir, al igual que lo que describe el autor (2017), estos jóvenes se adaptan a la cultura escolar y a lo que propongan sus autoridades y ello, a veces, es un motivo por el cual son fastidiados.

Sin embargo, Willis (2017) dice que, aunque “los colegas” son quienes “mandan” en la escuela, en el trabajo son “mandados”, sin ofrecer oposición a este tipo de relación social ya que la han incorporado en sus prácticas y formas de entender el mundo. En ese sentido, más de un joven en los talleres que brindamos ha exteriorizado su bronca cuando la Policía les da órdenes y les pega en las piernas, pero sus enojos no tienen que ver con considerar que dicho accionar es incorrecto, sino que comentaban que son sus padres los únicos que pueden ser así con ellos:

“Te agarran de la ropa y vos le decís ‘no me toques, soltame. No sos nadie, ni mi viejo me trata así... Vas a venir vos, un chabón que no me conoce a tratarme de esta manera, por ser policía, por mi sola apariencia” (Alejandro, 06/2018, Quilmes centro).

De esta manera, mientras que dichos pibes que suelen ser hostigados por las Fuerzas de Seguridad se oponen a la institución escolar y “bardean” a quienes se subordinan a ella o siguen sus reglas y pautas, al mismo tiempo, incorporan y reproducen en el interior de la misma formas de relaciones de otra institución, como la policial. Decir que sólo sus padres pueden darles órdenes nos lleva a interpretar que ellos adhieren a lógicas de mando y que,

aunque, por un lado, destacan continuamente diferenciarse de quienes “se portan bien” en las aulas y obedecen sin cuestionamiento alguno a las autoridades, por el otro, reproducen un rol de *dominio* para con algunos/as de sus compañeros/as.

Todo lo expuesto nos lleva a interpretar que la violencia que ejercen algunos jóvenes sobre otros/as en la escuela es expresiva y no meramente instrumental. Desde la “bardeada” ellos no sólo enaltecen su imagen, sino que además construyen masculinidad, la exhiben y espectacularizan entre pares (Rita Segato, 2013). A partir de demostrar su capacidad de acción sobre los cuerpos de quienes manifiestan sumisión, refuerzan y comprueban su masculinidad al resto de sus “cofrades” hombres y también a las mujeres con quienes comparten el espacio áulico. “A veces el respeto que buscan los pibes enfierrados o engorrados es el de ellas” (Juguetes Perdidos, 2016).

Sumado a ello, podríamos pensar en el aburrimiento como otra variable a tener en cuenta. En uno de los capítulos de “¿Quién lleva la gorra?” (2016) los autores ofrecen una parte de entrevista en la que un joven les dice que cuando la Gendarmería los verduguea está haciendo su trabajo: “y por ahí lo hacen para cagarse de risa, por ahí después de que te verduguean se suben al patrullero y se ríen de cómo te pegan o te aprietan los huevos. En todos los trabajos te aburrís y buscás maneras de cagarte de risa”. Sobre ello algunas jóvenes nos decían: “la policía bonaerense está en el destacamento del barrio de La Resistencia, pero están todo el día tomando mate” (María, Ayelén, Camila y Sol, 07/2017, Ezpeleta).

A partir de esto, propondríamos que esos pibes que suelen hostigar a compañeros/as de cursadas lo hacen para sortear situaciones de aburrimiento. Si bien aquí no analizaremos la relación que los mismos conforman con los docentes y directivos de las escuelas, sí observamos que al ingresar en las aulas constantemente demostraban su deseo de querer estar afuera de dichas instituciones y que el tiempo transcurriera rápido. Por otro lado, en varias ocasiones, ellos se levantaban de sus sillas, caminaban, salían de las salas en las que nos encontrábamos o utilizaban auriculares -aunque en la mayoría de los casos, sólo se colocaban uno en sus orejas, pudiendo prestar atención a lo que los/as talleristas decíamos-.

Así, y aunque a medida que transcurrían los encuentros los jóvenes se fueron involucrando más, sería posible interpretar que ante el aburrimiento una *salida* probable para ellos es “verduguear” a algunos/as de sus compañeros/as.

Reflexiones

A lo largo del trabajo y a partir de incorporar diversos conceptos de varios/as autores/as buscamos dar más de una respuesta para analizar aquellas situaciones en las que el hostigamiento por parte de Fuerzas de Seguridad se traslada de la calle a la escuela a partir de los mismos jóvenes violentados.

Pero también, pudimos observar que, al mismo tiempo, algunos de esos jóvenes que suelen ser “verdugueados” por compañeros de la escuela trasladan su comportamiento escolar a la calle, ya que mientras que frente a sus pares llevan adelante cierto rol de sumisión, ante las Fuerzas de Seguridad tienen como estrategia pasar desapercibidos. Tal como nos cuenta Manuel (07/2017, Ezpeleta): “A mí no me molesta la policía. Cuando los veo, miro al piso o a otro lado y sigo caminando”.

Sin embargo, este tema no será desarrollado aquí, sino en un próximo trabajo, complejizando un análisis que relaciona a las prácticas llevadas adelante en la calle y en las escuelas.

Bibliografía

Cabral, P. (2018). *Controladas y desprotegidas. Experiencia de mujeres jóvenes en sectores populares*. En: Revista Cuestiones Criminales, vol. 1. Universidad Nacional de Quilmes, Bernal.

Colectivo Juguetes Perdidos (2016). *¿Quién lleva la gorra? Violencia, nuevos barrios y pibes silvestres*. Tinta Limón, Buenos Aires.

Segato, R. (2013). *La escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez*. Tinta Limón, Buenos Aires.

Willis, P. (2017). *Aprendiendo a trabajar. Cómo los chicos de clase obrera consiguen trabajos de clase obrera*. Ediciones Akal, Madrid.